

BIENAMADA

Empar Moliner



Empar Moliner



Bienamada

Traducción de Josep Escarré

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Empar Moliner, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2022
Depósito legal: B. 1.725-2022
ISBN: 978-84-08-25488-1
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Sentada en el asiento central de la parte trasera del coche, lleno de señales de estabilidad familiar (un catálogo arrugado y amarillento de Media Markt, un paraguas plegable en el suelo, bolsas del súper embutidas en la guantera por si la niña vomitaba...), veo, en un instante preciso de esta tarde, que mi amado y joven marido se enamorará de la chica que ahora ocupa mi asiento, a su lado. Él aún no sabe que lo hará. Ella tampoco. Solo yo. Lo sé. Estoy segura de que se enamorará de ella como se enamoró de mí, y no tengo ninguna duda al respecto. Cae una lluvia de pescadería.

Pienso que debo prepararme para este momento que todavía no ha llegado pero que no puede tardar mucho, y tengo la misma certeza que si me hubiera hecho un Predictor matrimonial. ¿Rabia? No, de ningún modo, y eso que yo la querría, pero la rabia ya no forma parte de mí.

Trastorno sí. Ni siquiera resignación, porque incluso la resignación me parece una actitud demasiado activa. Es un mirarlo con calma, como si yo no fuera la misma que hace quince años enfermó de celos por él. Pero es que no lo soy. Acabo de recordar, porque juro que se me había olvidado completamente, que ya tengo el certificado de menopáusica oficial. Y esto lo cambia todo.

«No se puede considerar menopausia hasta que no ha transcurrido un año desde que se te ha retirado», me dijo la doctora cuando yo, como todas, había ido a verla y le había dicho, como todas (nos tomamos las convenciones femeninas con gran rigor), que la regla ya «me hace un poco el tonto». A él, a mi amado marido, no le había dicho nada. No era necesario proclamarlo a los cuatro vientos. Me parecía que, siendo como es diez años más joven que yo, le usurpaba una década de cotidianidad y desprecio menstrual a la que todavía tenía derecho. (*Usurpar* es «apoderarse injustamente», lo acabo de buscar en el diccionario.) La doctora dijo: «Cuando se cumpla un año de la última regla, vuelve». Y la regla no apareció ningún otro mes, ni siquiera para despedirse. Pero yo era la de siempre, qué coño, y no volví. No dije que ya no me venía. Dejé de decir que me venía.

Aclarémoslo. Hasta ahora se me ha considerado una encantadora y bien hidratada señora madura (sí, sí, no aparento mi edad, nadie lo cree, lo dice todo el mundo, los años que tengo «están muy bien llevados»). Corro sesenta kilómetros a la semana, los lunes voy a *body pump* y los jueves a GAP (siglas de *glúteos-abductores-piernas*), y tomo píldoras de colágeno a pesar de los estudios que cuestionan su eficacia. Esto tengo que subrayarlo, no aprecio la modestia: aún puedo ser una buena oferta. Además, hasta ahora he practicado las posturas sexuales prefeministas con completa dedicación y gozo. En las fantasías de la cama he experimentado el placer de ser prostituta, usada como un objeto sexual; he dicho «poséeme» sin atisbo de broma, con toda la sinceridad de mi corazón y de mi coño, y lo he hecho con placer. Todas las mujeres inteligentes de verdad (las que lo somos sin duda) ya damos por hecho que somos una buena conversación y lo que queremos ser es un buen polvo. He querido, por encima de todo, ser deseada, y lo he sido. Que puedo ser querida ya lo sé. Se quiere cualquier cosa.

Te hablan y te hablan de «la cultura del esfuerzo», y las de mi edad o algunos años más conocemos bien esa «cultura» porque nos pasamos el día esforzándonos. Hemos sido guapas, todas a nuestra manera; la mayoría aún lo somos. Todo el mundo

nos ve tan ágiles que no calcula que en nuestros zapatitos, en nuestros calcetines, hay algún dedito que ya se curva por la artrosis. ¡Adiós, sandalias! Hola, ¿podólogo? Las de sesenta se ríen de nosotras; creen que exageramos para conseguir el elogio, pero es que nosotras nos reímos de las de cuarenta (creemos que exageran para obtener el elogio), pero es que las de setenta se ríen de las de sesenta (creen que exageran para obtener el elogio), y esto va así, de diez en diez, hasta el final.

A partir de ahora, para no parecer vieja, a menos que «te abandones» (la expresión es exacta: eres tú misma quien se deja caer a sí misma), necesitas la complicidad indispensable y opaca de otras mujeres. Más jóvenes, más viejas, más gordas, más delgadas. Pies, manos, caras, papadas, cabezas. Todas estas partes necesitan el secreto. He aquí la definición de la *mujer madura*: sin gafas no podemos depilarnos las cejas, porque de cerca ya no vemos bien y, por lo tanto, para ver nos los pelos tenemos que ponernos las gafas de cerca. Pero si nos ponemos las gafas de cerca para ver los pelos que no vemos sin gafas de cerca, no podemos depilarnos, porque las gafas de cerca nos los tapan.

Mi marido, las cosas como son, es el primero en señalar mi aparente juventud, y lo hace con orgullo (todo el mundo dice que parecemos de la

misma edad). Cincuenta y tantos no, ni de coña. Con este pelo rizado que todos los peluqueros (los grandes y prácticamente únicos generadores de elogios que tenemos) ponderan, las piernas de deportista, las cuatro arrugas deliciosas, estos ojos sin bolsas (o no muchas, si no he bebido) y la actitud corporal desgarbada, como un chorro, y esta risa, que lo es todo. Ahora nadie de nuestra edad aparenta nuestra edad, porque actuamos con despreocupación juvenil y una actitud lúdica, infantilizada, en parte por los signos de los tiempos, en parte por los avances de la medicina.

Salgo a correr y mientras corro recuerdo:

Las campanas tocaban a muerto y la abuela nos decía, ávida, críptica, alterada: «¡Corred, niños, id a ver quién se ha muerto!». En su mirada había el triunfo salvaje de la superviviente. Un tono de voz con más aire que sonido. Quería afligirse, pero disfrutaba del momento antes de hacerlo. Alguien había muerto y no era ella. Mi hermano y yo salíamos anhelantes en dirección a la iglesia. «Rápido, niños, ¡decidme quién se ha muerto!»

La ginecóloga debía de ser mayor que yo —pero no tengo ninguna habilidad para determinar la edad de nadie— y estaba delgada. Lo digo porque, mientras me escribía peticiones de análisis, se

interrumpía de vez en cuando para aconsejarme las cosas que seguramente ella misma hacía, y sobre todo las que no hacía. Que controlara la alimentación, porque ahora, «comiendo lo mismo que antes», engordaría. Y que caminara (que «procurase caminar», dijo) media hora al día. Eso a mí (que esa mañana había corrido doce kilómetros por la montaña) me hizo torcer la boca con arrogancia y aburrimiento. ¿De quién estaba hablando?

Cuando hubo dictado sentencia, me advirtió lo que me sucedería si no cumplía con las tareas encomendadas (a saber: moderar el alcohol, depilarme con láser los pelos de la barbilla antes de que se volvieran blancos, análisis...), y yo me hice un dibujo en la cabeza: bandadas de menopáusicas desobedientes, que naturalmente no eran yo, convertidas en una especie de gnomos. Encogidas y disminuidas (por la descalcificación), barrigudas y jorobadas (por la distribución irregular de la grasa), de mirada perdida (por la miopía) y con vello en la cara pero calvas (por el cambio hormonal).

«Ruego que practiquen a la señora Remedios Durán hemograma y fórmula, VSG, prueba de coagulación, glucemia, sideremia, ferritina, GOT, GPT, GGT, FA, colesterol total y fracciones.»

Se me olvidó por completo. Supongo que aún tengo el papel arrugado en el monedero. No era yo. No podía pasarme a mí todo lo que decía la doctora, o tendría que ponerme un sombrero puntiagudo y vivir bajo tierra, donde me dedicaría a hacer trabajos de forja.

Así pues, esta tarde espero a mi amor en el lugar donde siempre solemos quedar para volver juntos a casa. Vivimos en mitad de un conjunto de casas unifamiliares pequeñas y estrechas de un pueblo feo cercano a Barcelona que forman parte de una promoción que no se terminó. Vendieron cuatro, contando la nuestra. Quedan cuatro más (la del final tiene okupas) sin lo que llaman «los acabados», porque el promotor se declaró en suspensión de pagos y desapareció. Nosotros fuimos los últimos en picar el anzuelo. Cerca hay un parque infantil parcialmente construido, en medio de la nada, que sirvió para dar falsas ilusiones a los compradores. Tenemos una piscina comunitaria desconchada, que casi siempre está verde porque se encarga de ella una empresa muy barata (solo pagamos cuatro vecinos, los okupas no cuentan) que viene de vez en cuando. El grupo de casas se ve desde la autopista como una nave espacial recién aterrizada de cualquier manera en un terreno irregular. Se llama «urbanización Lago del Cisne» y la visión no puede ser más tra-

gicómica. Es un sueño, no se sabe si burgués o hippy, de baratillo.

Mientras corro, pienso:

El año pasado, para Reyes, nuestra hija quería un Furby. Quería la idea de tener un ser vivo, el hermano pequeño que no llegaría, alguien a quien enseñar cosas. El Furby era un muñeco de color rosa y azul que gastaba muchas pilas porque hablaba. Tenía muchas personalidades. Cuando cambiaba de personalidad decía: «¡Cambiano!». En el idioma Furby cantaba: «Oh, ka, ti, sí, sí, sí».

Quedamos siempre en esa plaza cuando vamos a Barcelona para hacer «recados». En el centro hay una iglesia fea, redonda y algo elevada. Una iglesia como una rotonda, rodeada de coches que van y vienen. Yo espero sentada en la escalera, pero como hoy cae esta lluvia de pescadería, no lo hago. Entro en un bar (el detalle es importante) de esos que gustan a las esposas —las que no soy yo, porque yo no soy una esposa— para hacer tiempo. Un bar en el que tienen un exprimidor de zumo de naranja y, en cambio, no hay máquina tragaperras.

—Un cortado —digo.

Insisto, el detalle es importante: yo habría estado sentada en la escalera.

Y he aquí que el camarero, con toda naturalidad, rutinaria e inocentemente, me hace una pregunta que ningún camarero me había hecho nunca antes:

—¿Con leche de soja?

Con leche de soja. En mi cabeza resuenan corcheas de trompetas y tambores fatales. No estoy acostumbrada a pedir cortados, pido siempre old fashioned, y, en los sitios donde saben preparar este cóctel (pasado de moda), ningún camarero te pregunta nunca si el terrón de azúcar que remojará con angostura, antes de añadir la soda y el bourbon, lo quieres integral, porque ya entiende que si estás allí no te preocupa morir antes de tiempo por alguna enfermedad silenciosa relacionada con las arterias.

Me imaginaba que un día, todavía muy lejano, alguien más joven me cedería el asiento en el tren. Y, previsora como soy, ya había bromeado (el pedacito de chiste banal, exagerado y acomodado que nos corresponde pasados los treinta) décadas atrás sobre el hecho de que también alguien, por primera vez, me había llamado «señora» y no «chica». Lo de: «¡Hoy, un crío me ha llamado “señora”!». Y sigues viviendo y riendo.

Pero... ¿con leche de soja? ¿Con leche de soja? Aún me pongo los vaqueros que usaba a los treinta y nueve años, antes de quedarme embarazada, y conservo alguna falda de cuando tenía treinta,

pero el camarero ya me ha leído en la frente aquel lema asociado a las señoras que aparecen en los anuncios de los planes de pensiones: «Intolerancia a la lactosa», ergo, «menopausia».

¿Con leche de soja? Digo que sí. Con leche de soja. ¿Qué puedo decir? Y la pruebo por primera vez, y tiene un falso sabor a vainilla que, por desgracia, me parece extraordinario, buenísimo y, ay, selva oscura y salvaje y áspera y fuerte, tendré que confesarlo: la leche de soja me parece menos «pesada» que la leche de verdad. Debe de haber estudios que certifican que las mujeres como yo, «de mi perfil», contribuyen a la prosperidad de la industria de esta mal llamada «leche de soja» que tiene un envase de color rosa, pensado para todo el ejército de furiosas y excéntricas gnomos con peticiones de análisis olvidadas en los monederos. Ahora ya tengo la confirmación científica del estado volátil en el que me he instalado el último año sin haberme dado cuenta. El descenso de los estrógenos, combinado con la intolerancia a la lactosa y con la pérdida de visión de cerca, hace que mire el mundo desde unas alas ligeras de libélula. Por eso podré ver, con toda nitidez, que mi marido se enamorará de esta otra.

Mi hermano Felip, pienso mientras corro, me decía: «Mentirosa». Me decía: «Te gusta que estén pendientes de ti, quieres ser el centro del univer-

so, mentirosa, cerda». Él no quiere hablar conmigo. Si encuentra mi viñeta en el periódico en el que dibujo, arruga la página.

Mi joven marido ha aparcado en doble fila, frente a la tienda de Nespresso, con esos dependientes tan pulcros, tan locamente amables, a los que siempre veo trajinar desde los peldaños de piedra de la iglesia fea. En alguna ocasión él y yo hemos bromeado sobre los empleados. Hemos especulado sobre la reacción afable que tendrían en un atraco a mano armada. Hace sonar el claxon, ¡mec, mec!, mientras la atractiva señora que aún soy, esta vez en el taburete del bar con el cortado con leche de soja ya tomado (por previsión), no se da cuenta de que ese coche es el nuestro. No lo reconozco, no tengo ni idea de qué matrícula tiene, ni la marca, solo sé que es blanco. Me noto alicaída (expresión perfecta), pero aún no me amenaza nada. Doy por descontado que el hecho de que yo no reconozca el coche será, como siempre, como hasta entonces, tan divertido, hogareño, nuestro. Yo jugando a hacerme la espontánea, la mujer directa y vital, a todo esto, y él jugando al enamorado perplejo, ese que mueve la cabeza, sonriendo, porque no, no, es que no puede creer que ella, *ella*, sea así. Pero esta vez es distinto. No hay videoclip.

Él es violinista. La chica que se sienta en mi asiento (de la que se enamorará) es su nueva compañera de atril en la orquesta donde tiene una plaza fija desde hace diez años. Es la violinista suplente (la amiga de la hija de un amigo del director, creo) y viene a casa a ensayar. Peligro, sí. Todas las músicas son sexis. Todos los hombres han babeado alguna vez por teóricas contrabajistas (siempre descalzas) que ejecutan piezas con dulce vigor.

Cuando dan un concierto, se sientan de dos en dos. Cada dos músicos, un atril. Lo que ocurre es que su compañero de atril, el que hasta ahora iba de pareja con él, tiene cáncer de pulmón. Mi marido está contento de tener una sustituta. Su compañero no le gusta nada; dice que huele mal, que no estudia, que es muy maniático. Medio en broma, le desea la muerte.

Salgo del bar y sonrío a todo el mundo y a nadie, porque aún no detecto a la nueva pasajera en nuestra nave. A dos metros de mis ojos hay niebla y tierra ignota; a dos palmos, también. Sin gafas no veo de lejos, pero si me las pongo entonces no veo de cerca. Por lo tanto, llevo unas lentillas para ver de lejos algo menos precisas de lo que necesitaría, para que de este modo pueda ver también un poco de cerca. El resultado es que no veo muy bien ni de lejos ni de cerca; solo distingo del todo

las cosas que tengo a un palmo de distancia. Veo un mundo, en general, mucho más feo de lo que es. Una gaviota blanca en el mar me parece una bolsa de plástico; nuestra perra tumbada en un rincón, mi mochila negra de deporte; una seta roja, venenosa, una envoltura de queso Babybel; las hojas de los chopos en el suelo cuando corro por los caminos en invierno, estrellas de mar rojas y secas que alguien ha tirado; las de los plátanos, marrones y con el tallo recto, ratas muertas; los collares originales, gruesos y cuadrados de bisutería que llevan algunas mujeres, acreditaciones de congresos o ferias. A la fuerza, mi cerebro se ha acostumbrado a interpretaciones prematuras y perversas.

Por la mañana él ya me ha dicho que la chica vendría a ensayar a casa y a apuntar los dedos en la partitura (apuntan si el arco va arriba o abajo, para ir los dos a la par), pero ya no me acordaba. ¿Cómo voy a acordarme de una violinista si no me acuerdo de cosas más decisivas, como dónde he dejado las llaves de la puerta de mi seta?

Él está contento de ensayar con ella, de tener a alguien con quien tomarse en serio el trabajo, porque siempre se queja de la orquesta, de lo de sentarse en la última fila de los segundos violines. Dice que es como estar en un ejército, que no necesitas el alma para tocar (pero, en cambio, yo

creo que todos ellos tocan con toda su alma). El señor Hilari, su maloliente compañero enfermo, no quiere apuntar nunca los dedos. Yo también estoy contenta, porque quiero verlo ilusionado (él, que es una década más joven que yo, también siente que está envejeciendo, de un modo distinto al mío, antes que yo, a una edad más peligrosa que la mía: los cuarenta y pocos). Y, sin embargo, a mí siempre me gusta que vengan músicos a casa. Si hay música, soy feliz. Que toquen, que canten, que se queden a cenar. Me gusta mucho más la música que a él, y soy dibujante. Pero a él le gustan mucho más los cómics que a mí, y es músico.

Me precipito anhelante hacia el coche, de la forma en que lo hacemos las mujeres con tacones (conseguimos ir más despacio corriendo que caminando). Me toco la frente con la palma de la mano, un gesto amplio, hiperrealista, estereotipado, para demostrar de manera simpática, como burlándome de mí misma delante de la nueva espectadora, que soy despistada. «Ya verás, mamá se equivocará de coche», vaticinaba siempre nuestra hija cuando era más pequeñita y me estaban esperando. Porque yo (lo digo ahora, ya, sin un estrógeno propio) les he hecho reír mucho. Vivir conmigo ha sido una maravilla, una fiesta, puedo decirlo así. Pero hoy es otra cosa. Hoy es como si hubiese visto en mitad del cielo ese mensaje que aparece en las páginas web para advertirte de la

política de galletas. «¿Cierras y aceptas?», te pregunta. Si quieres continuar navegando, tienes que decir que sí. Que cierras y que aceptas. Y mi historia podría terminar aquí.

Abro la puerta de atrás emitiendo suspiros y gruñidos exagerados, como una perra que se sacude, para demostrar que estoy contenta de estar a cubierto.

—¿No me veías? —dice él.

Y es un «no me veías» lleno de corrección, pero también de escándalo y de algo de exasperación. Nunca lo ha dicho así, o quizá es que no me he dado cuenta hasta ahora. Yo aún me estoy dedicando a las onomatopeyas menopáusicas.

—¡Nooo! —exclamo, usando el cliché de la alegría.

Es un «no» que significa: «Naturalmente que no, ya sabes cómo soy, si es que soy... Ay, cómo soy».

La violinista hace el gesto de bajarse del coche para cederme el asiento que le corresponde a la esposa. Yo lo rechazo con mi gracia habitual.

—¡Ni hablar! Yo me siento en la fila de los segundos violines. Hoy, tú eres el concertino.

Ella se ríe con mucha franqueza. Le he hecho una broma gremial (el concertino es el solista). Él, menos expansivo, frunce los labios y, con la palma de la mano, se echa el pelo, largo, hacia atrás, con

un gesto que hace siempre y que es inútil del todo, porque enseguida vuelve a estar igual que antes. Entonces se la pasa por la barba de mendigo, muy larga. Cuando lo vi por primera vez pensé que era el Neptuno de la Fontana di Trevi (siempre que está en calzoncillos o envuelto con una toalla se lo digo). Se parece tanto a él que el pelo y la barba de la estatua —de mármol blanco— me los imagino, sin querer, como los suyos, del color del parquet. Y él, como ese dios tranquilo, tiene los pies inmensos, la cabeza inmensa, las piernas y los brazos inmensos; es un dios XL (no se le ven los genitales). La estatua está de pie, así que no sabemos qué le ocurriría si se agachara, pero quiero pensar que sería como el Tritón que tiene allí abajo, que monta un caballo alado y sopla una caracola para abrirle paso; como él sí está agachado, vemos que tiene un poco de grasa en la barriga, que le cuelga. Él la tiene así, y siempre me gustará. Un pequeño pliegue, como un flotador medio deshinchado de los que quedan abandonados en la piscina durante el invierno.

El sexo que he tenido con él ha sido como el que tendría con un dios marino. Alguien corpulento, pero ágil y cuidadoso, tranquilo hasta que lo pinchan, gruñidor y sosegado. Se parece tanto a Neptuno que la niña y yo, por un cumpleaños, le citamos en la calle Neptuno para reírnos, y si alguna vez en una pizzería tienen la «pizza Neptuno»,

siempre queremos pedirla. En las fotos que le sacamos en la playa, yo le dibujo un tridente y una corona. También se le parece en la expresión, que es benévola y morosa, aunque aquel dios está haciendo un trabajo que te imaginas tenso, como es apaciguar las aguas. Para Neptuno, calmar las aguas parece tan rutinario como para él, ahora, controlar el volante del coche. Yo no sé conducir.

Aún no, aún no he visto lo que tiene que ocurrir. Por mis venas circula, con toda ligereza y confianza, la leche de soja. Respiro una sensación de peligro inconcreto en el ambiente, como si alguien lo hubiese espolvoreado. Partículas de amenaza que ya caen, se precipitan sobre mí. Las percibo como si me mojaran, porque desprenden ese olor a insecticida, pero aún no lo detecto. Supongo que le estoy oliendo las feromonas. El peligro siempre me ha hecho estornudar y toser.

Me quito el abrigo, me acomodo en el coche, me abrocho el cinturón; todo esto. Estoy a punto de verlo.

Mientras corro, pienso:

La primera noche que nos acostamos, después de terminar la primera embestida (primer día, muchas embestidas; primeros meses, muchas em-

bestidas; primeros años, muchas embestidas; últimos años, pocas embestidas, una embestida a la semana, una al mes, una al trimestre), él me tocaba la espalda como si fuese un carnicero. Decía: «Esto es el lomo, de ahí saldría un buen pedazo de carne; habría que cortar por aquí y por aquí». Y con la mano, como los niños cuando juegan a las tiendas, fingía cortar. «Esto es el hígado, haríamos paté. Buenos muslos, de ahí saldría carne magra.»

Ninguno de los hombres que se han acostado conmigo, en ninguna de las etapas de mi vida, tan diferentes, ha conseguido conmoverme como él, mi joven marido, ese primer día, pero es porque, de todos los hombres con los que me he acostado, él es el único que el primer día ya estaba enamorado.

Me di cuenta de que no hay nada como hacer porno enamorado. Nada. Para explicármelo pienso en la música que él toca, tan rutinariamente, y que a mí tanto me gusta: es como escuchar la *Missa Solemnis*, de Beethoven, si encima crees en Dios. Él, mi amor, dice que en esta misa (la hemos escuchado mil veces en la cama) hay un momento en el que «Beethoven compone una armonía que ya es de Wagner». Y siempre repite, riendo, riendo, de las pocas veces que se ríe: «Aquí, Beethoven sale del siglo».

Acomo la cabecita entre los dos asientos, el de él y el de ella. Me toco las orejas para estar segura de que no se me han vuelto puntiagudas.

—¿Nos prepararás un coctelito cuando lleguemos?

Lo pregunto porque el «¿no me veías?» me ha alarmado. Pero ¿por qué he tenido que utilizar este diminutivo? ¿Por qué?

Él no dice nada. A menudo me deja en «visto» en el teléfono, y en la vida también.

—¿Eh? —insisto. Más silencio—. ¿Óscar?

Es una forma simpática de decirle a la violinista que es bien recibida, que me alegro de que venga, pero también de advertirle que nosotros, él y yo, somos así, que preparamos cócteles cuando llegamos a casa. Que somos dos, y con la niña, tres; somos como esos *packs* del supermercado retractilados en plástico en los que hay alimentos que hemos convenido que combinan bien, como un paquete de fresas y nata en espray.

—No lo sé. ¿Tú quieres uno? —dice él.

Qué tono tan racional tiene hoy mi amor.

—¿Te gustan los cócteles, Cristina? —Yo, insis-
tiendo.

Se llama Cristina. Qué nombre tan precioso. Qué bien suena. Ni demasiado clásico ni demasiado moderno. Cris, Cristina.

—¡Uy! ¡Es que yo me emborracho enseguida!
—responde.

Y él, dándole la razón:

—*Claroclaroclaroclaro*. Igual es mejor ensayar primero. —Y dirigiéndose a mí—: Pero si quieres uno te lo preparo. ¿Tú quieres uno?

Solo unos días atrás, que ella hubiese dicho «yo me emborracho enseguida» nos habría unido en el sarcasmo. He aquí «otra mujer» que no bebe. Que quiere un san francisco, que no conoce ninguno de los cócteles que nos gustan a nosotros. Broma de siempre en casa: «¿Por qué mi marido podría dar un concierto borracho?», pregunto yo. «¡Porque siempre ensayo borracho!», contesta él. Hasta ahora despreciábamos comprensivamente a los que no eran como nosotros dos. Pocas mujeres beben con tanta conciencia y sabiduría como yo, y este detalle me ha hecho siempre más amiga de los hombres. Este, el fútbol, las bromas zafias y que la mayoría de las mujeres me han considerado siempre un peligro potencial (y lo han considerado por todas las razones anteriores). Pero ahora ha dicho «*claroclaroclaroclaro*». Él no quiere un cóctel. ¿No le apetece? ¿De repente es como Cristina y no como yo?

Mientras corro, pienso:

¿Con cuántos hombres me he acostado? No puedo recordarlos a todos, y no depende de lo que significaron, sino del orden de aparición. No sé si es por culpa de la menopausia (por lo visto,

todo son pérdidas: de calcio, de amor, de vista, de memoria y ya sabemos de qué más) o porque nadie se acuerda de todas las parejas sexuales que ha tenido si han sido, pongamos, más de diez.

Mi primer marido —una década con él—, el segundo —a lo mejor otra década, tampoco lo recuerdo del todo—. ¿Con cuántos engañé al segundo? ¿Cuántos hubo antes del primero (al que abandoné por el segundo)? ¿No dicen siempre que el primer amor nunca se olvida? ¿Cuál fue mi primer amante durante mi segundo matrimonio? No me acuerdo si no me empeño en «hacer memoria». No recuerdo quién abrió el grifo que, de repente, me convirtió en una probabilidad para el resto de los que vinieron y para los que, a diferencia de para el primero, les pareció tan natural que yo fuera infiel.

¿No es más relevante acordarse del primer amante que del primer amor? En cualquier caso, todos, todos han sido otra cosa, algo diferente, que nada tiene que ver con él, Neptuno, que es, no cabe duda, no cabe ninguna duda, mi último amor.

Pero yo sigo obsesionada con el cóctel, porque ya voy viendo que esta no es una mujer como las demás.

—Te lo prepararemos suavcito —le digo. Qué pesada, qué borracha (¿qué vieja?)—. ¿Cómo te gustan?